



Refectorio.

El convento de San Francisco

Por _____

JUAN GUTIERREZ

Ilustraciones fotográficas

Curioso es imaginarse que en medio de la inestabilidad de las cosas y costumbres de nuestra tierra, haya todavía un orden religiosa, que desde hace cientos de años, viva y descanse tras de las sombrías paredes de un convento.

La actividad bursátil y comercial ha creado un ambiente en este viejo Santiago, bajo el cual se desdeña cuanto nuestros abuelos españoles nos legaron, y esta ciudad de casas solariegas con zaguanes sonoros y amplios patios, multiplicando ventanas y angostando puertas, se ha transformado en una especie de museo grotesco de todas las arquitecturas del mundo.

Lo antiguo se demuele para darle forma nueva, y este afán demoledor reviste los

caracteres de una verdadera rabia. El avance sobre la Alameda de las Delicias de la torre de piedra de San Francisco, que vió consolidarse la Conquista, es hoy por muchos considerado como una vista de mal tono entre la pila de palacetes de ladrillo que ayer no más levantó una fortuna improvisada.

A pesar de todo la iglesia y el convento franciscanos se mantienen en pie desde hace tres siglos y medio.

La fuerza de la costumbre hace tal vez que miremos con cierta indiferencia esos muros centenarios. Fuera de esto, las exigencias de la vida actual, junto con los mosaicos del piso y los ventiladores eléctricos, llevan el "confort" al propio sagra-

do recinto de la religión, y esa iglesia es ahora desafiada por la buena sociedad y casi enteramente desconocida de las nuevas generaciones.

Sin embargo, como semilla que cae en tierra generosa, vive todavía en el espíritu del pueblo por medio de sus cuentos y tradiciones.

Todos en nuestra infancia hemos oído contar a la vieja ama de llaves la historia del burro aquel que salía muy de mañana por la puerta trasera del convento, camino de la plaza de abastos y regresaba a buen paso por las calles del centro, con las arguensas cargadas con todo aquello que la piedad del pueblo obsequiaba a los padres franciscanos.

También con gusto recordamos al hermano Nicolás que después del rosario, leía desde el púlpito la vida del Santo Seráfico a una reunión de viejas soñolientas:

Nuestro Padre San Francisco vestía con humildad y pobreza

y comía como bestia. Nuestro Padre San Francisco acostumbraba dormir sobre una vieja desnuda... (y después de un rato mojándose el dedo en saliva y doblando la hoja)... tarima.



Interior de la Iglesia de San Francisco

Apenas fué fundada esta ciudad de Santiago, Pedro de Valdivia, para pagar a Nuestra Señora del Socorro las victorias obtenidas sobre los indígenas, dió comienzo a la construcción de una ermita en donde

se venerase la imagen. El sitio era pintoresco, frente al cerro de Santa Lucía; un brazo del Mapocho arrastraba sus aguas muy cerca de los muros de la capilla.

Los curas de Santiago eran dueños de la ermita y las pocas señoras de la ciudad atravesaban diariamente el río en sus mulas enjaezadas para pedir a la virgen milagrosa que intercediera por sus deudos que combatían en Arauco.

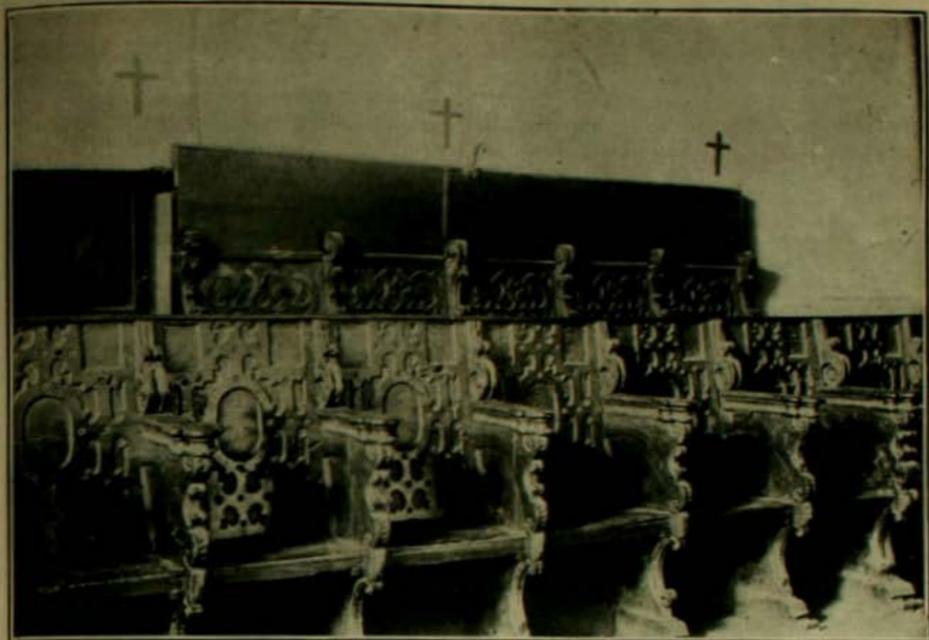
Muerto Valdivia trágicamente en 1554, quedó el gobierno del sur en manos de Villagra y el de Santiago bajo la dependencia de Rodrigo de Quiroga. Este siempre gran amigo de frailes, antes que Villagra regresara del sur, cedió la ermita de Nuestra Señora del Socorro, a cuatro padres franciscanos que venían del Perú a fundar convento a este país aún no conquistado.

Un gran alboroto formaron los curas de Santiago, pero en vista de las circunstancias por que atravesaba la colonia con la

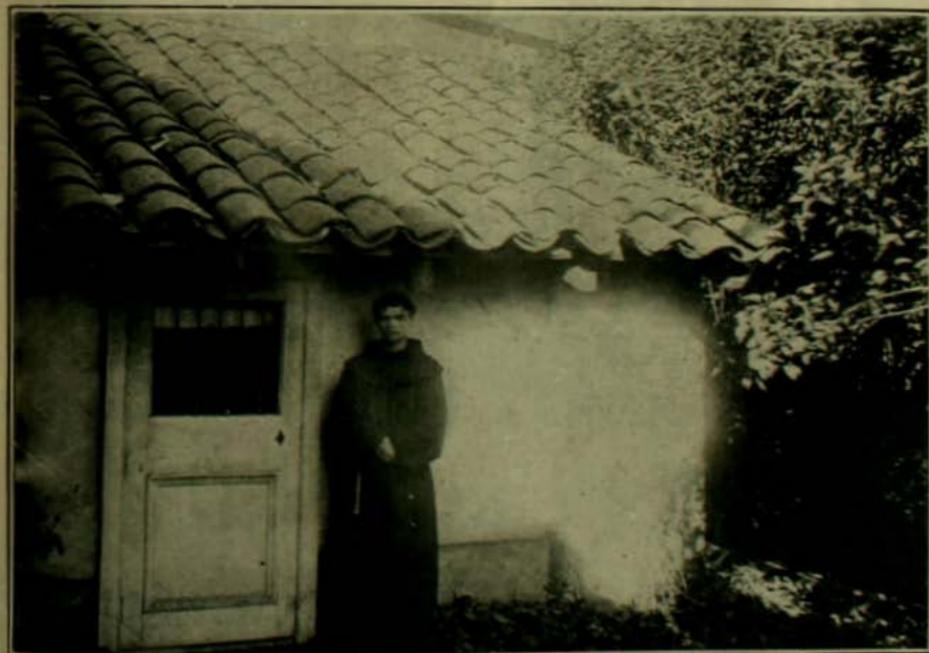
muerte de su primer fundador y la derrota de sus armas, la tranquilidad se restableció y los frailes comenzaron a levantar poco a poco su convento.

No se sabe cuánto tiempo duró en pie la ermita de Nuestra Señora: ya sea porque fué destruída por algún temblor o porque no prestaba las comodidades suficientes, los padres decidieron reemplazarla por un templo mejor.

En Agosto de 1577, se llevó al Cabildo de Santiago la denuncia que los franciscanos, en la construcción de la nueva igle-



Parte del Coro



Celda del V. Fr. Pedro Bardeni



Imagen de Nuestra Señora del Socorro

sía se habían salido del límite señalado hacia la parte de la Cañada.

El padre guardián pidió entonces excusas al Ayuntamiento, por haberse salido cinco piés de lo reglamentado, diciendo que lo había hecho porque era terreno sin valor situado a extramuros de la ciudad y que pertenecía al cementerio de indígenas que él mismo administraba. Esta excusa fué aceptada y los franciscanos continuaron su iglesia.

Sin embargo, la obra no fué duradera, porque desde 1575 comenzaron a sucederse temblores de regular intensidad, los cuales terminaron en uno acaecido el 7 de Agosto de 1582, que no dejó en pie ningún edificio de tapias ni adobe en toda la capital del Reino.

En Febrero de 1585 el guardián del convento, para adelantar los trabajos de la nueva iglesia de piedra que había comenzado a construir, hizo una información que acreditaba la suma pobreza del Reino que

no podía costear una obra de esa naturaleza, y significando lo necesario que era, porque todo edificio de adobe era totalmente destruído por los temblores.

Sólo en 1590 el gobierno español socorrió a los padres con 600 pesos anuales, sacados de los indios vacos del Perú durante dos años, y durante cuatro años de los oficios vendibles de Chile.

Gracias a esta ayuda fué adelantando la construcción de la iglesia y como se vé, en la inscripción que se conserva en uno de los corredores del claustro:

Colocóse el Santísimo Sacramento en los dos tercios de ella que se acabaron día de San Lino, Papa, en 23 de Septiembre del año 1597.—Acabóse de todo punto dicha iglesia el año 1618..

Estos son el convento y la Iglesia que se conservan hasta el día.

¶

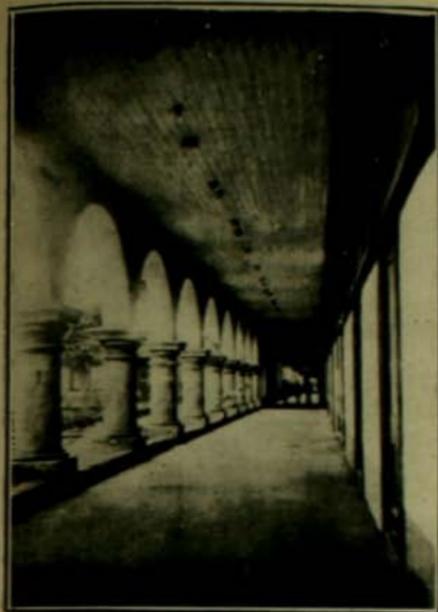
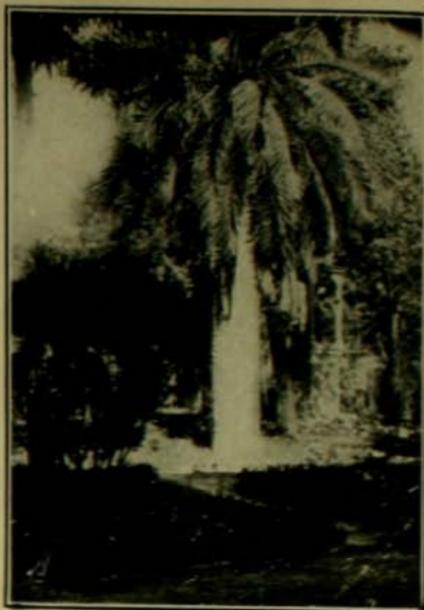
Tan sólo al estudiar con algún detenimiento la construcción de la iglesia nos damos cuenta de su magnitud, sobre todo si se consi-

dera la época remota en que fué ejecutada.

Los muros son de piedra pulida y alcanzan en la torre más de dos metros de espesor y cerca de 15 de altura; los artesonados del techo y la sillería del coro son de madera tallada cuidadosamente.

La energía de miles de hombres a través de largos días coloniales representa este templo: Bloques de piedra arrastrados por indios sedientos desde Huelen hasta el pie de la antigua ermita; tintinear de martillos en la piedra vibrando sobre la ciudad adormecida; bosques enteros transportados desde la Dehesa en carretas perezosas; y artifices españoles bajo las arcadas del convento inconcluso tallando la madera olivera.

Todo esto nos imaginamos al considerar la iglesia franciscana. Desgraciadamente el estuco y los rosetones de yeso, el dorado y las pinturas, desfigurando la forma primitiva del templo, le quitan la majestad

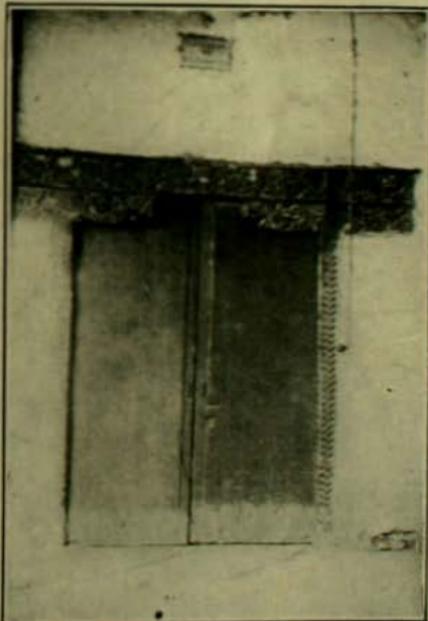
*Corredor del Convento**Palma del patio*

que debe infundir una obra de tales proporciones.

La iglesia tiene muchas otras curiosidades: en el centro, hacia la izquierda, está la puerta de la bóveda en donde descansan los restos de la mitad de nuestros abuelos, que piadosamente se enterraban con el hábito de Nuestro Padre San Francisco desde el siglo XVI al XVIII

—Reposa allí el cuerpo del siervo de Dios Bardsi.—ya próximo a ser canonizado—

—cuya sotana fué despedazada en mil partes por una muchedumbre fanática, que quería guardar una reliquia de aquel santo.

*Puerta del refectorio*

Sobre el altar mayor se alza Nuestra Señora del Socorro, fiel compañera de Valdivia en su carrera militar.

Es una imagen de cuerpo entero tallada en madera, con el perfil griego de las vírgenes del Renacimiento. A pesar de sus vicisitudes de otro tiempo, cuando siguió a los rudos conquistadores en sus campamentos y en sus batallas, con el reposo de tres siglos a la media luz de una iglesia, conserva todavía en estado perfecto el esmalte de su rostro.

La Virgen del Socorro es sin disputa la mejor reliquia histórica que guardan



Primer álamo que vino a Chile

los franciscanos y una de las más antiguas de Chile.

Al salir de la iglesia al convento sentimos esa frescura agradable y ese olor húmedo de jardín abandonado que, junto con el silencio rústico de los corredores que se prolongan indefinidamente, nos hacen comprender la paz de Santiago durante los siglos coloniales.

Sobre las paredes del primer claustro está la vida del fundador de la orden en cuadros antiguos con curiosas leyendas.

Cuántas veces, el día de San Francisco, cuando los padres dan acceso al convento, con nuestros interrogadores ojos de niño, hemos deletreado esas leyendas extrañas que comienzan por aquella: doña Picha va a alumbrar.

El segundo claustro semejante al primero, aunque sin arquería, es el que está destinado a desaparecer con la venta que han hecho los padres. La vida de San Diego, ya en pésimo estado de conservación,

adorna las paredes blanqueadas.

Al fondo, por una puerta hecha en 1632, se entra al refectorio ya demolido al presente: es una sala enorme con dos filas de bancos y mesas y un púlpito, desde donde se hacen lecturas piadosas durante la comida de los padres.

Entre los cuadros místicos y en el cruce oscuro de los corredores, tanto en uno como en otro claustro, están los retratos de los varones más distinguidos de la orden franciscana.

La pintura corroída y el epitafio altisonante, es lo único que nos queda de aquellos hombres que gastaron sus fuerzas en distintas esferas de la vida.

Allí está el padre Tobar, que en 1598 murió en Villa-Rica, ultimado por los indios; el padre Fuenzalida, que en muy corto espacio de tiempo predicó ante el Rey de España, con asombro de aquellos cortesanos; el padre Baeza, que jamás tuvo otra cama que el coro; el padre Agüero, soldado de desgarrada vida que más tarde fué un santo.

Y así van pasando ante el curioso visitante estos y muchos otros que cruzaron por los mis-

mos claustros, rozando la sotana gris con los pilares...

Hacia el poniente de ambos se encuentra la sección destinada a los servicios de la orden, que muy pronto desaparecerá. Es un sitio apacible con muchos arbustos enmarañados y tanto cantar de pájaros que parece estar situado muy lejos de una ciudad populosa. Aquí se conserva la única muestra de las antiguas celdas del convento, demolidas en 1891: tiene apenas la altura de un hombre, una puerta angosta y dos ventanillas estrechas. En ella murió en 1710 ese Santo llamado el "Siervo de Dios", cuyas virtudes todo el mundo conoce.

Estas son, revistadas muy a la ligera, las curiosidades que guarda el Convento de San Francisco. Las celdas actuales y otras dependencias en uso, han sido transformadas, perdiendo, por consiguiente, su interés histórico.

La iglesia, es un museo de recuerdos coloniales y debería ser conservada a toda



Patio del Convento

costa como el único monumento del siglo XVI que en Chile nos queda.

Aquel que visite el Convento de San Francisco con ánimos de estudio, podrá formarse una idea clara de la vida y usanzas de los siglos coloniales: allí todo es evocador, desde la piedra de sus muros hasta la de los epitafios, como aquel que nos hace murmurar en el silencio de una escalera:

Por cierto que mal haría
El que por aquí pasase

Sin que Señora os rezase
Siquiera un Ave María.

Y en medio de este Santiago bullicioso, entregado a las agitaciones de la Bolsa, podemos encontrar todavía la paz de años pasados, porque el ruido de la ciudad activa parece recogerse y quedar prostrado ante las paredes de este convento.

JUAN GUTIERREZ.

XI—1913

